
CUENTOS BREVÍSIMOS DE FERNANDO MARTÍNEZ SILVERIO (*)

EL SILLÓN

El sillón estaba ocupado aún por el abuelo ausente. Le pesaban tanto sus noventisiete años que se durmió en él y ahí se quedó.

LA CAMA-CALLE

-¿Maestro, qué necesidad tienen esas personas de vivir en la calle?

-La calle, hija mía, es pésima cama. Muy dura, muy fría y poco afectuosa. Pero...para muchas personas, la calle es una cama. A veces la única. La última cama.

AJEDREZ

En cuanto ella lo vio, supo. Sonrió. En el tablero, la dama es poderosa. Aguardó la oportunidad. Cuando le tocó jugar, se esmeró en hacer su movimiento con una apabullante sutileza. Al ver cómo se abría, él la percibió oferente y humillada e hizo su jugada retándola con una arrogante actitud. Ella tan solo dijo:-
Jaque mate.

CABALGATA

El caballo botaba espuma por los belfos a raudales y los ojos estaban más brillantes que de costumbre; el cuerpo equino entero sudaba profusamente. Inquieto manifestaba su ansiedad, golpeando con los cascos delanteros el suelo con insistencia.

Al percatarse de que no era escuchado, o al menos de que no llamaba la atención, comenzó entonces a brincar para golpear más duro con sus pezuñas y relincho con fuerza.

El hombre atendió al fin. Salió de la casa y se le enfrentó escupiéndole estas preguntas:

-¿Qué te pasa? ¿A qué vienes?

-Vengo a buscarte, soy la muerte respondió el caballo.

El hombre, que no tenía qué perder, que creía haber hecho todo lo que estuvo a su alcance, que nunca había dañado adrede a nadie y que por todo esto se sentía en paz, de un solo brinco se subió en el lomo y, ambos, hombre y caballo, cabalgaron.

COMO RELÁMPAGO

La muerte vino como relámpago, inesperada, rápida y fulminante. No le dio tiempo de pensar absolutamente en nada, ni siquiera en la muerte que le llegó en medio del jardín mientras esperaba y en forma de relámpago, rápida, inesperada y fulminante.

UN RAYO DE TERNURA AL CAER LA TARDE

Herido por un rayo de ternura al caer la tarde, se acercó al niño y levantándolo lo abrazó y lo besó. Las lágrimas, sin embargo, anublaron sus ojos al recordar que los últimos años los había pasado sin él. Y es que irremisiblemente, los muertos tienen que ausentarse de los suyos -Dejó al niño en el suelo y se fue.

A LA ESPERA DEL MÉDICO LEGISTA

El vehículo en el que viajaba era fuerte, potente y lo suficientemente estable como para poder correr en la autopista. El otro, no obstante, era más grande, más potente, más pesado y además de venir en vía contraria, lo hacía por el mismo carril que él. Al pasarse el otro conductor, el choque fue inminente e inevitable. Ahora sólo aguardaban que llegara el médico legista para levantar los cadáveres y llevarlos a la morgue. El carro en el que venía el médico, chocó de frente con un loco que transitaba en contravía en un vehículo más grande y más pesado que el suyo.

EN EL OCASO YA

En el ocaso ya de una vida estéril depositó, con toda la ternura que pudo compilar, una de sus últimas semillas. Lo hizo con amor y confiado en que el destino le premiaría al fin. Y puso tanto empeño, se esmeró de tal modo en el cuidado que a pesar de estar en suelo árido, la simiente germinó.

¡Ay! Pero estaba en desventaja. Las posibilidades eran pocas. Casi nulas. Era tiempo de sequía. Una semilla de un organismo cansado ya, con pocas fuerzas y poca vitalidad y sembrada entonces, en un árido suelo. ¿Qué oportunidad tenía? Pero la simiente germinó. Rodeada de estrecheces y con todo en contra, ella creció.

Raquítica, endeble, desnutrida. Apenas sostenida. Agarrándose con uñas y dientes fue subiendo con dificultad. Pero subió. No pudieron los fríos invernales, ni las lluvias de mayo, ni los tórridos calores de agosto, ni los múltiples ciclones de otoño. Ella siguió pegada, obteniendo nutrientes del aire, hasta de las piedras y por encima de todo y a pesar de todo: sobrevivió gracias a su entrega.

Él le dedicó sus últimas fuerzas, sus últimas lágrimas, sus postreras sonrisas, así que cuando cerró los ojos, al fin, para seguir camino hacia la ignota otredad, lo hizo satisfecho y en paz, bajo la sombra de su frondoso árbol.

ENTREDEDANDO

Con un movimiento casi imperceptible, una mano trenzó sus dedos con los suyos y entonces, fue entonces, cuando supo que existía.

EN DEFENSA PROPIA

Ataviada de dudas y temores. Sin importar el lastre que le imponía su apática actitud, la mujer se decidió: le pegó un certero tiro al recuerdo y olvidó.

COMO EL FÉNIX

Como no podía levantarse, ya que le habían matado hasta la esperanza, se quedó dormida. No se puede volar estando en vela. Voló.

ANTES DEL OCASO

Con el más solemne de los ritos y en arrebató de amor correspondido, antes de que cayera el ocaso, se dejó ir y llegó hasta el centro de sí misma, compartiendo.

SIN DARSE CUENTA

Era ciudad pequeña e iba tan deprisa por la vida que traspasó los límites y no se percató.

ANOCHECIÓ

Anocheció. Es la ley de la vida, dijo el hombre y con una sonrisa se murió.

** De su libro "Cuentos de humor con luto" (Inédito)*